

# "Pájaros errantes"

Cuando a un siglo de su desaparición se ha recordado la vida luminosa y andariega del poeta francés Arthur Rimbaud, guardando el distanciamiento necesario, justo es recordar a la vez a nuestro compatriota Pedro Prado, que fue arquitecto, agricultor, escritor y poeta; esto último tal vez más que todo, debiendo añadirse que los temas que más le seducían eran los del mar.

Su obra concebida en constante emoción y sed de eternidad permitió que en 1949 se le otorgara el Premio Nacional de Literatura, justa coronación a un quehacer que empezó a ser mostrado cuando en 1910, junto con Vicente Huidobro, editó la "Revista Contemporánea", en la cual encontraron proyección otros valores que más adelante tuvieron notoriedad y renombre.

En 1915, Prado fue fundador del famoso grupo "Los Diez", del cual formaron parte artistas y hombres de letras tales como Armando Donoso, Eduardo Barrios, Augusto D'Halmar, Juan Francisco González, Acario Cotapos, Alfonso Leng, Manuel Magallanes Moure, Ernesto Guzmán y otros más, dándose el caso, como observaron los críticos, que nunca aparecieron más de diez en lista alguna, lo que por supuesto no revistió mayor importancia.

El grupo, en los años en que tuvo vida activa, logró publicar un mensuario cuyos números son hoy curiosidad bibliográfica si es que existen, algunos libros de Federico Gana, Fernando Santiván, Rafael Maluenda; una compilación de estudios en homenaje al maestro uruguayo que fue José Enrique Rodó y una antología de poesía chilena contemporánea.

En cuanto a su obra misma, él se reveló en ella como un lírico múltiple y un pensador profundo dando a la literatura chilena "inquietud de vuelo, temblorosa emoción, delicadeza y gracia". Es un artista trascendente que ha traspasado las fronteras patrias —dijeron sus biógrafos— llevando por los mundos de habla hispana, el nombre de Chile, nimbado de belleza. "Como todos los creadores tiene alma duplicada: o más que esto, colección de almas como instantes líricos. Alma evangélica para asomarse, con Lázaro al valle de la muerte; alma de río co-

mo Jorge Manrique, para cantar elegíacamente, la arena y el agua del tiempo; alma moderna que en su inquieta juventud, en verso libre, amplio y cristalino, bañó su emoción".

En lo que se refiere a la arquitectura, no terminó finalmente sus estudios, pero más de una vez se desempeñó como arquitecto. A él se debió por ejemplo, al morir su amigo Julio Bertrand Vidal, la terminación del Palacio Bruna, que en la capital fue sede de la Embajada de Estados Unidos.

Pedro Prado, como poeta de mar escribió en su libro "Los pájaros errantes" una prosa que los antologistas no han olvidado: "Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur. Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo elevan las velas remendadas

---

**"... alma de río como Jorge Manrique, para cantar alegíacamente, la arena y el agua del tiempo..."**

---

y transparentes. Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida. Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco. Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas, y las velas turgentes de la balandra eran como alas de una ave grande y tranquila que cruzara, sin ruido el rojo crepúsculo..."

En estos días cuando sobre la bahía vuelan a media altura alcatraces y gaviotas, resulta propicio recordar los "Pájaros errantes".

Como también a Arthur Rimbaud, que en sus cuatro años de iluminaciones líricas, en el largo camino que va desde los bordes del absurdo a los espacios abiertos del infinito, escribiera tanto sobre el mar.

Lautaro Robles